MARQUES DE LOZOYA

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

Y OTROS POEMAS

EXCLUSIVAS DE VENTA

·EDITORIAL·VOLVNTAD·S·A·

·MADRID·

G-F 4864

TIFFEN® Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007
Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black
Centimetres Inches

t. 81326
DGCL
A

a los Sres. de Mayo
con sincero afecto ofrece
este libro

[illegible]

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS
Y OTROS POEMAS

Madrid 20-1-41

C.S. - 1105249
n. tít. 81326

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R. 65773

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS
Y OTROS POEMAS

CANTAR

DE LAS

TIERRAS ALTAS

Y OTROS POEMAS

COMPUESTOS EN LA CIUDAD DE SEGOVIA

POR

D. JUAN DE CONTRERAS
MARQUÈS DE LOZOYA

Exclusivas de venta de Editorial Voluntad, S. A.
MADRID

R. 65773

CANTAR

DE LAS

TIERRAS ALTAS

Y OTROS POEMAS

POR

D. JUAN DE CONTRERAS

MARQUÉS DE LOZOYA

Exclusiva de venta de Editorial Valenciana, S. A.

MADRID

DE JUAN LACOMBA,

POETA VALENCIANO,

AL AUTOR DE ESTE LIBRO

Oro de sol de tarde y serena quietud
—serenidad de viejas ciudades castellanas—
tienen todos tus versos, donde la juventud
estalla humildemente en voces franciscanas.

Te hizo el siglo poeta, Marqués, y la hidalguía
puso en todos tus versos un hidalgo sabor...
Marqués, por eso sabe toda tu poesía
a antigua gesta heroica o a místico fervor.

Marqués, humildemente, con esa humildad tuya,
de este verso sincero una alabanza fluya;
sea como una rosa esta ofrenda cordial;

una rosa de otoño, una rosa tardía,
que perfume un instante toda tu poesía,
serenamente humana, tibia y sentimental.

Valencia y febrero, 1926.

DE JUAN LACOMBA.

POETA VALENCIANO.

AL AUTOR DE ESTE LIBRO

Oro de sol de tarde y serena quietud
—serenidad de viejas ciudades castellanas—
tienen todos tus versos, donde la juventud
estalla humildemente en rosas primaverales.

Te hizo el siglo poeta, Marqués, y la hidalguía
puso en todos tus versos un hidalgo sabor.
Marqués, por eso sabe toda tu poesía
a antiguo gesto heroico o a místico fervor.

Marqués, humildemente, con esa humildad tuya,
de este verso sincero una olorosa flor:
sea como una rosa esta ofrenda cordial;

una rosa de otoño, una rosa tardía,
que perfume un instante toda tu poesía,
serenamente humana, triste y sentimental.

Valencia y febrero, 1926.

OFRENDA

a D.ª X. de C.-E.

Dentro de los viejos muros segovianos
ha tiempo que había dos mozos hermanos.
Eran los vestigios de una antigua raza;
el mayor gustaba de lances de caza
y sabía el arte de la montería.
Por la blanca nieve los rastros seguía
y al pato salvaje buscaba en el caz.
¡Era generoso, bravo y montaraz!
El menor gustaba de la vida quieta;
era algo anticuario y un tanto poeta,
y en su librería, de estantes repletos,
con calma de orfebre, limaba sonetos.
Al amor del fuego, y en largas veladas,
solían contarte sus bellas jornadas,
y al llegar tu santo, como de dineros
andaban escasos ambos caballeros,
en vez de brocados antiguos y raros,
copas cinceladas o diamantes claros,
a tus pies traían presentes diversos:
el Marqués, perdices; el poeta, versos.

Hogaño la ofrenda te llega incompleta;
solos van los versos del mozo poeta,
pero en su presente, yo sé bien de cierto,
que está el gran cariño del hermano muerto.

III-XII-MCMXVII.

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

¡Cuarteles de Cabanillas!
¡Pobres tierras centeneras
labradas en los resaltes
de las faldas de la Sierra!

¿Quién fué el primer labrador
que vino a arar las laderas?
¿Quién concibió la locura
de sacar pan de las peñas?

Desde aquel día se siguen
las heroicas sementeras.
Aun queda nieve en los altos
cuando las mieses verdean.

¡Nunca vi por las Españas
tan humildes primaveras!
Entre los ralos centenos
los claveles azulean.

Cantan grillos en las lindes
escondidos en la hierba;
palpitantes corazones
las amapolas semejan.

Relumbran al sol de agosto
las hoces para la siega;
por la Virgen de setiembre
aun queda parva en las eras.

¡Labrador de tierras altas
que a la cruz de mayo rezas
por que la helada tardía
no te abrase las cosechas!

No envidies a los pastores
que emigran con sus ovejas
y corren tantas cañadas
y cuentan de tantas tierras.

Los que pasan al sereno
las noches tibias y bellas,
y con hogueras de piorno
las altas cumbres alegran.

Cielo claro y tierra pobre
te fué dado por herencia.
¡Tierra de pocas espigas!
¡Cielo de muchas estrellas!

CANTO TRIUNFAL

¡Dolor: Padre de todo lo noble y lo fecundo!
Cada día que pasa, vuelves a ser, del mundo,
redentor.
Porque tú las heriste, saben volar las almas.
Por ti es bella la vida; tú las pasiones calmas.
¡Oh Dolor!
Tú eres radiante y puro como el hermano fuego;
tú abrasas a las almas, para que brille luego
su fulgor.
Sin ti no habría santos ni poetas habría,
y, hastiado de sí mismo, el mundo moriría,
¡Oh Dolor!
Dios te bendiga, que eres la luz en el camino;
¡Mensajero del Rey!, del tesoro divino
portador.
Dios te bendiga, heraldo de la vida y la gloria;
Tú los claros diamantes separas de la escoria.
¡Oh Dolor!
Artífice supremo, que en el metal viviente,
de raras maravillas, eres sabio y paciente
forjador.

¡Compañero de viaje! Tú, el que prenderte sabes
del arzón del jinete, del marino en las naves.
¡Oh Dolor!
¡Guerrero infatigable! Yo, en tu blasón he visto
la corona de espinas, sobre la cruz de Cristo,
mi Señor.
¡Las puertas de la gloria me abra tu llave de oro,
y, por ti, me perdonen los ojos que yo adoro!
¡Oh Dolor!
Cuando a un alma conduces al umbral de la muerte,
el coro de los Santos suele salir a verte
con amor.
Con el Rey Jesucristo va la Virgen María,
de mártires y ascetas la augusta teoría...
¡Oh Dolor!
Tal vez tú me acompañes más allá de la fosa;
tal vez el alma escucha, cuando el cuerpo reposa,
tu clamor.
Sólo al jardín del cielo no pasarás conmigo;
yo te daré, en las puertas, un dulce adiós de amigo.
¡Oh Dolor!
Sólo entrará a mi lado tu ardiente compañero,
más fuerte que tú mismo: el noble caballero
del Amor.
Tú, impasible y sereno, volverás a la Tierra
a ser luz o castigo, a llevar paz o guerra.
¡Oh Dolor!

EL MOLINO

El viento gime: en la sierra
no hay lomas tan desoladas
como las del valle angosto
que el río Pirón socava.

Es en la sierra desnuda
que yergue sus cimas calvas,
donde los hoscos jabinos
ponen manchas azuladas.

El viento gime: constante
sus tristes cantares canta;
parece a veces que llora
y a veces parece que habla.

Por el cauce de granito
corren las aguas, tan claras,
que apenas se ven sus linfas
si en las pozas se remansan.

Murmuran en los peñascos,
por la presa se derraman,
y mueven el viejo ingenio
del molino de la Mata.

El viento gime: sin tregua
agita las secas ramas
de los tres álamos yertos
que, junto al caz, se levantan.

¡Pobre molino, perdido
en la desierta cañada,
adormido por el canto
de los vientos y las aguas!

Terminaron su molienda
las gentes de la llanada;
queda sólo el molinero
en su casuca serrana.

¡Soledad tan temerosa
no padece ningún alma!
Ni en la mar el marinero,
ni el soldado en su atalaya...

En las noches estivales,
tan rutilantes y claras,
veía arder las hogueras
de los pastores de cabras.

Como luceros caídos
en las laderas brillaban.
¡Una a una se apagaron,
al comenzar la otoñada!

Con la luna de noviembre
brilla en las cumbres la escarcha;
formando un arco en el cielo
emigra un bando de garzas.

El viento calla: la noche
es serena y sosegada;
las estrellas, ateridas,
tiemblan con claror de helada.

Por la cuesta suben luces
que al Viático acompañan.
El molinero se muere
y Dios viene a su morada.

No murmura el caz; los hielos
retienen presas las aguas.
En el silencio solemne
late una esquila de plata.

VENDIMIA

Hasta que no quisiste que comiera
del rubio moscatel de que comías
con codicia infantil, nunca creyera
se dejasen comer las pedrerías.

Vendimiando amatistas y topacios,
mozos y mozas, en alegre coro,
lanzaban su cantar a los espacios
entre la pompa del viñedo de oro.

Seguimos conversando junto al río.
Por las olmedas hondas y desiertas,
flotilla de oro sobre el caz sombrío,
bogaban hacia el mar las hojas muertas.

¡Tarde otoñal! La calma del ambiente
fué penetrando en mi sentir de mozo,
y el corazón, latiendo locamente,
se quería romper de puro gozo.

Dejáronme esas horas, tan tranquilas,
tanto dulzor en corazón y boca,
que aún se nublan un poco mis pupilas
cuando la mente su recuerdo evoca.

VENDIMIA

INQUIETUD

"No tienes aquí morada permanente, y en cualquier parte que estuvieres eres extranjero y peregrino."

Kempis.

Yo quise hacer mi estancia sobre el haz de la [tierra
en mi ciudad antigua, la de las torres de oro,
y al resguardo del muro que mis moradas cierra,
de cosas familiares reuní mi tesoro.
Con deleite de avaro amé mis cosas bellas
—estampas y medallas—en soledad altiva;
apenas si a mi torre llegaban las querellas
de la miseria humana, siempre sangrante y viva.
¡Para el vivir gozoso, basta un exiguo espacio!
En mis cosas pequeñas puse todo mi amor.
Gusté tranquilamente la suave miel de Horacio
y olvidé que en mi torno palpitaba el dolor.
Olvidé que en la vida no hay hora sin combate.
La vida es romería que no admite descanso;
así es eterna el agua que los cantiles bate;
así el agua se pudre, si para en el remanso.

Me sentí cada día más solo en mis moradas;
como blancas palomas, huían las virtudes;
para ocupar sus nidos llegaron en bandadas,
cual pájaros de presa, las negras inquietudes.
Pasaron, como un sueño, mis jornadas serenas;
¡En un exiguo espacio, cabe muy gran dolor!
Como hambrienta jauría, me buscaban las penas
hasta en lo más oculto del castillo interior.
Oí, entre mis angustias, que una voz me decía:
"Poeta: en tu posada, no eres sino un viajero.
Para buscar reposo, no es tiempo todavía.
¡Renuncia a lo que amabas y retorna al sendero!"
Lloré sobre la ruina de mis horas felices;
pero Dios da un consuelo, si quita una ilusión.
¡Al tiempo en que arrancaba sus últimas raíces,
sentí que le nacían alas al corazón!

EL FORJADOR

Es clara y tibia la mañana;
en la plazuela provinciana
las cuatro acacias tienen flor.
¡Canción del yunque y del martillo!
Con el compás de su estribillo
golpea el hierro el forjador.

El quieto ambiente—rosa y oro—
de la ciudad, se hace sonoro
con el latido del metal.
¡Tin, tan! El eco se despierta
y con su ritmo se concierta
una campana conventual.

¡Tin, tan! ¡Tin, tan! El hierro inerte
en ascua viva se convierte,
y el corazón arde con él.
¡Tin, tan! La novia, en la ventana,
oye la música lejana
como las coplas de un rondel.

¡Tin, tan! El mozo martillea,
y al son del fuelle, que jadea,
vibra su cántico triunfal.
Arde en la fragua un roble entero,
y el forjador, fuerte y certero,
triunfa del fuego y del metal.

Vencido, el hierro brota en flores:
rejas de novia; los primores
de un candelabro o de un cancel.
Ramos de esbeltos lirios de oro,
que de la verja, sobre el coro,
harán un místico vergel.

El viento canta a las almenas
canción de otoño: hastío, penas...
Murió de frío un nuevo amor.
¡Tin, tan! ¡Tin, tan! Sigue el concierto,
pero esta tarde dobla a muerto
con su martillo, el forjador.

JARDÍN INTERIOR

Ya lo veis: río y canto con vosotros
y con vosotros juego,
pero en el hondo mar de mi conciencia,
como una perla, duerme mi secreto.
Aunque vivamos juntos años y años,
jamás acertaréis a comprenderlo.
De la llamita que, sin treguas, arde
tranquilamente, dentro de mi pecho,
apenas si aparece en mis pupilas,
de tarde en tarde, algún fugaz reflejo.
¡Mi vida es apariencia!
¡Mi vida de verdad, queda por dentro!
Me veis reír a veces
cuando de hastío y soledad me muero,
y, a veces, cuando lloro,
de goces inefables estoy lleno.
Como fiera acosada
de hambre y de sed, me rendiría luego,
si el alma no pudiera guarecerse
en la quietud de su jardín secreto.

OTOÑADA

La noche es ya larga: va cayendo octubre;
las cimas de Arcones, que la escarcha cubre,
en llamas están.
Relumbran hogueras en la noche obscura.
¡Los últimos fuegos! Hacia Extremadura
los pastores van.
¡Alegres fogatas de piorno y jabino,
de retamas áureas y jugoso pino
de fragante olor!
Las altas estrellas son vuestras hermanas.
¡Las altas estrellas! Hogueras lejanas
de eterno fulgor.
Va cayendo octubre; la tierra está muerta.
Ya no hacen los grillos, en la tierra yerta,
su coro estival.
En la noche fría, callada y tranquila,
quiebra entre las sombras una sola esquila
su voz de cristal.
Se irán los pastores al romper el día,
por las blancas sendas que, en la lejanía,
parten el azur.
Aun los flacos lobos, pupilas de brasa,
siguen al rebaño que, balando, pasa,
camino del sur.

¿Por qué este silencio me pesa en el alma?
¿Qué mortal angustia late en esta calma,
que me hace llorar?
¡Soledad marina! ¡Soledad sonora!
En las tierras altas, el alma te añora.
¡Voz de pleamar!
Con un terror nuevo, que es nuevo y eterno,
el alma presiente las noches de invierno,
las cumbres desiertas;
aúlla en las cimas el mastín, que advierte
en las madrugadas, pasar a la Muerte
ante nuestras puertas.
Llenando de pronto las hondas cañadas,
de entre las hogueras, ya casi apagadas,
se eleva un cantar.
Como hambrientos lobos, los negros temores
el alma rondaban, y el cantar de amores
los vino a espantar:

No sólo tienes castillos,
vieja tierra de Castilla;
en todos los altozanos
vi blanquear tus ermitas.
Junto a un olmo y una fuente,
una gran Señora habita,
que se apareció a pastores
y es de pastores servida,
¡Virgencita de Hontanares!,
velando estás todavía;
en esta noche tan negra
sólo tu lámpara brilla.

Voy a correr las cañadas
con mis ovejas merinas;
¡haz que para el mes de mayo
las traiga todas paridas!
En las Vegas de Pedraza
hila su lino la niña;
¡dila que al granar los trigos
siga moza todavía!
¡Para ti, el cordero blanco
de lana más suave y fina!
Para ti, mi corazón,
¡Reina de la Serranía!

SONETOS DE EL ESCORIAL

I

Ante la tumba del Emperador.

Este es el César: caballero andante
del Redentor; su alférez en la guerra;
el que a la recia espalda el mundo aferra,
y se rinde a su peso, como Atlante.

No temáis que en los siglos se levante
otro poder igual sobre la Tierra;
de Augusto y Carlomagno el ciclo cierra
la Sacra Majestad, Carlo de Gante.

Austria le dió linaje; Flandes, cuna;
lauros, Italia; Portugal, amores;
oro, las Indias, y Germania, Imperio.

España, su ideal y sus fervores,
y, por último don de la Fortuna,
la paz de un escondido monasterio.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

II

La Galería de Convalecientes.

Su arquitectura—renaciente gloria—
sabe a Vitruvio, como a Horacio sabe
el verso de Fray Luis; es como un grave
concierto de Salinas o Victoria.

El agua canta su constante historia,
y del estanque en el espejo, cabe
la fría majestad del arquitrabe,
del arco la graciosa trayectoria.

Y, delante, el jardín, yerto y austero,
en el que un alarife-jardinero
labró los bojes como piedra dura.

¡Alto balcón, donde, al morir la tarde,
se llena el alma del fulgor con que arde
—en púrpura y en oro—la llanura!

III

La muerte del Rey.

La mansa lluvia los vitrales hiere;
gime en los claustros su responso el viento;
el toque de agonía, sordo y lento,
conmueve El Escorial: el Rey se muere.

Entre las sombras, el paisaje adquiere
la gravedad augusta del momento;
del coro monacal, como un lamento,
llega el hondo clamor del miserere.

Va a amanecer. ¡Cuán larga la refriega
en la que pugna por partirse el alma
de la cárcel del cuerpo, dolorida!

Hay un instante de solemne calma,
y en manos del Señor, el Rey entrega
el temeroso enigma de su vida.

CAMINITO DE SANTIAGO

(Rondel)

¡Caminito de Santiago!
¡Sendero claro de estrellas,
que enseñas a los romeros
la vía de Compostela!

La vía de Compostela
va siguiendo un peregrino.
¡Decidme si le encontrasteis
a lo largo del camino!

A lo largo del camino
va un frailecico andariego;
su faz parece de cera,
y en los ojos lleva fuego.

En los ojos lleva fuego
del que arde en su corazón.
Le cubre un hábito pardo
ceñido con un cordón.

Ceñido con un cordón
va el cuerpo mortificado.
Su rostro recuerda al rostro
de Cristo crucificado.

De Cristo crucificado
es el fraile tan amante,
que ríe y llora de amores
por el camino adelante.

Por el camino adelante
se detiene en las fontanas;
hermanas llama a sus linfas
y a las aves llama hermanas.

A las aves llama hermanas,
y ellas comen en su mano;
hermanos llama a los lobos,
y al mismo sol llama hermano.

Al mismo sol llama hermano
cuando arde en el mediodía;
cantando como un juglar
hace el romero su vía.

Hace el romero su vía
por el camino francés.
¡Dichosa tierra de España
que en tus senderos le ves!

Que en tus senderos le ves,
en tus campos y en tus villas;
de Navarra hasta Santiago,
pasando por las Castillas.

Pasando por las Castillas
bendijo la tierra llana;
por desnuda y por austera,
la tomó por franciscana.

La tomó por franciscana
al ver la tierra de erial
pobre como sus conventos,
parda como su sayal.

Parda como su sayal,
que va dejando una estela
de amores y de fervores
camino de Compostela.

¡Camino de Compostela,
llévamelo sano y salvo!
¡Clara senda de luceros!
¡Caminito de Santiago!

ESTAMPA DE VIAJE

Era el sol en las Castillas una gloria y un castigo.
Cruzaba yo en el expreso los amplios campos de trigo;
las bandas de segadores decían ¡adiós! al tren,
flameando sus pañuelos con un tranquilo vaivén.
Era para ellos el monstruo, que corría la llanada,
una pausa en su trabajo; la ilusión de la jornada.
Brillaban los dientes blancos sobre los rostros cetrinos.
¡Cuán diversas nuestras vidas! ¡Cuán varios nuestros [caminos!
Me pareció que trazaban, con su mano generosa,
el perdón sobre mi vida, mi vida inútil y ociosa,
cuya miseria es tan honda, que no mueve a compasión,
pues, como un gusano oculto, va royendo el corazón.
¡Mis amigos de un instante! ¡De un instante nada más,
que os cruzasteis en mi vida, para no volver jamás!
Por la gracia, tan cristiana, de vuestro gesto de adiós
al viajero fugitivo, habrá de premiaros Dios,
guardando en vuestra mirada la lumbre de esa alegría,
tan sencilla y tan serena, que no es posible en la mía.

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

Caballero del verde atavío:
Ten un poco esa yegua tordilla,
que se place en batir, con su brío,
los caminos de la ancha Castilla.
¡De fatiga abrumado, y de hastío,
quiero hincar, ante ti, la rodilla!

¡Buen hidalgo de limpia conciencia!
Miel de Horacio libé en tu decir;
de Fray Luis la tranquila cadencia
he sentido en tu mente latir.
¡En tu noble y serena existencia
yo quisiera aprender a vivir!

¡Cazador sin azor ni lebrel!
Pescador que en el caz limpio y manso,
turbar sueles, con tu esparavel,
el inmóvil cristal del remanso!
¡Cazador el de hurón y cimbel!
En tu umbral, yo te pido descanso.

Como en rojo bocal del Toboso,
se serenan las aguas del río,
esta paz del zaguán silencioso
da sosiego al espíritu mío.
¡Yo deseo con ansia el reposo
del zaguán, apacible y sombrío!

Y el silencio que reina en la estancia,
con los muros tendidos de cal;
esa alegre y discreta abundancia
del yantar, generoso y cordial;
¡esas rosas, que dan su fragancia
al claustrado jardín señorial!

¡Abrenuncio a las bellas locuras
del doncel Amadís, engañosas!
Gustar quiero las viejas lecturas,
con que el ánima inquieta reposas,
y, en el campo, aprender las dulzuras
del amor hacia todas las cosas.

¡El correr, en abril, las praderas
los ganados llevando a pastar!
El holgarse, en estío, en las eras;
el henchir, en octubre, el lagar,
¡y en el tiempo de las sementeras,
la velada al calor del hogar!
. . . . . .

¡No encontré en tu morada el reposo,
ni la paz en tus campos! ¡Adiós!
He sentido un cantar misterioso
y me voy, de aventuras en pos;
¡otra vez volveré al fatigoso
caminar por las sendas de Dios!

LLANTO

¡Llanto varonil!
Cuando una tragedia de amor o de muerte
rinde a quien se hacía triunfador y fuerte
y deja en el alma ternura infantil.
¡Llanto sin consuelo,
que una vez tan sólo se llora en la vida,
cuando la alta frente se inclina, vencida,
y pesan sobre ella la tierra y el cielo!
¡Corazón altivo!
Como treme el roble bajo el huracán
temblabas entonces, ¡pajarillo aun vivo,
en el que sus garras clavó el gavilán!
Pasó la tormenta; queda enhiesto el roble,
pero en el ramaje perdura el destrozo;
el hombre es más sabio, más fuerte y más noble,
pues sabe la ciencia que encierra un sollozo.

¡Llanto de mujer,
manso y silencioso cual lluvia otoñal!
¡Por borrar la pena que lo hizo verter,
diera yo la gloria de un trono imperial!
¡Llanto de la madre por el hijo muerto!

¡Llanto de doncella que enterró su amor!
¡Sangre de la herida, que tal vez yo he abierto!
¡Llanto de vergüenza!
¡Llanto de dolor!
¡Llanto de los niños, mezclado entre risa,
como entre la lluvia suele el sol brillar!
Rocío en los rosas, que la aurora irisa,
¡quién como los niños supiera llorar!

¡Llanto varonil!
Yo he probado un día tu amargo sabor.
¡Nubló mis pupilas tu velo sutil
y vi un mundo nuevo, más bello y mejor!

VIERNES SANTO

Aun la Muerte huía de ella; que hasta la Muerte se
[aterra
del brillo de aquellos ojos, que ya no saben llorar.
¡Era su pena tan grande, que no cabía en la Tierra!
¡Era inmensa como el cielo, y era amarga como el mar!
¡La madre del asesino! Se apartaban a su paso
las mujeres, conmovidas por un espasmo de horror;
la madre del asesino vagaba sola, al acaso,
medio muerta de fatiga, de vergüenza y de dolor.

¡Señor, que en todas las penas guardas secretas dul-
[zuras,
y con la mirra del llanto mezclas un poco de miel!
¡Señor, que tan suavemente nuestras hondas llagas curas!
¿Qué consuelos encontraste para un dolor como aquél?

¡Viernes Santo! Por las rúas llevaban a Cristo muerto;
preludiaban los clarines una marcha funeral.
¡Viernes Santo! Abril cubría de nuevas flores mi huerto
y llenaba de fragancias la brisa primaveral.

Con matices de violeta se va obscureciendo el cielo;
avanzan, en largas filas, trémulos puntos de luz;
con la faz de blanca cera sobre el negro terciopelo,
va la madre dolorosa, llorando al pie de la Cruz.
Stabat Mater..., cantaban los coros pausadamente,
y su voz, como un sollozo, se perdía en un temblor.
Las dos madres enlutadas se encontraron frente a frente,
pasados los corazones por la espada de dolor.
¡Señora!—clamó la anciana—, tú llevas al hijo inerte;
pero mi pena es tan grande, que ni aun la tuya es igual;
si mi hijo fuera inocente, ¿qué me importara su muerte?
¡Tú sabes que el tuyo es Santo!, ¡y el mío es un criminal!
Espantada de sí misma, cayó a los pies de María,
y sus labios temblorosos dijeron una oración.
La Madre de los Dolores, más pálida todavía,
sin que nadie lo entendiera, la habló quedo al corazón.
Y la dijo así: "Hija mía, ¿quién puede medir mis duelos?
¡No hay angustias en la tierra que en mi corazón no estén!
No lloro por Jesucristo, que vive y reina en los Cielos;
mi pena es tu misma pena: ¡lloro por tu hijo también!"

RECUERDO DEL MAR

Sobre la cima del cantil marino
de extraña flora por la mar cubierto,
embriagado del hálito salino,
yacía inmóvil, como cuerpo muerto.

Era, en mi torno, de la mar sonora
tan dulce la constante cantilena,
que pensé que la roca era una prora
guiada por cantares de sirena.

La calma del azul de mar y cielo
sólo quedaba, algún instante, rota
por una vela, leve como un vuelo,
o por un blanco vuelo de gaviota.

¡Tenía tanta sed el alma mía
de azul, de claridad y de reposo,
que vi del sol poniente la agonía
con un renunciamiento doloroso!

¡Loado sea Dios! Como un tesoro,
en lo más hondo de la mente, llevo
un vivo resplandor de azul y de oro,
y un ritmo, siempre igual y siempre nuevo.

ÍNDICE

	Páginas
De Juan Lacomba, poeta valenciano, al autor de este libro	5
Ofrenda.....	7
Cantar de las tierras altas.....	9
Canto triunfal.....	11
El molino.....	13
Vendimia.....	17
Inquietud.....	19
El forjador	21
Jardín interior.....	23
Otoñada.....	25
Sonetos de El Escorial.....	29
Caminito de Santiago. (Rondel).....	33
Impresión de viaje.....	37
El caballero del verde gabán.....	39
Llanto.....	41
Viernes Santo.....	43
Recuerdo del mar	45
Indice	47

8.000

Palau no
antepuesto

8.104 Caligrafía

Precio: 1,50 ptas.